

Nadie puede hacer el duelo solo. Hasta las culturas más primitivas inventaron ritos públicos para que la muerte de uno fuera aceptada por todos, especialmente por quienes más lo amaron, como pasaje obligado de la vida. La dictadura militar no sólo asesinó a gente inerte en el más repugnante anonimato: también desapareció el relato de esas muertes y castigó así —con la incertidumbre, con la impotencia, con la desesperación que ambas alimentan, con la visita cotidiana del horror y del terror— a los seres que el asesinado amó. En ellos él ha vivido muchos años, sacudido por las mareas contrarias de la esperanza y la desesperanza.

Juan Gelman

En Argentina, si se hubiera producido la verdadera victoria sobre la dictadura y se hubiera aplicado la justicia sobre los torturadores y asesinos, no habría esa amargura retrospectiva, ese análisis de los maniqueísmos transpuestos de derecha a izquierda, ni otras reflexiones que ya no se dan en Alemania porque los guardias de la Gestapo y quienes los dirigían fueron juzgados y condenados.

Federico Álvarez

ISBN 968-6509-19-4



MARIANA MASERA, compiladora ♦ Los nombres sin tumba



FEDERICO ÁLVAREZ • JOSÉ MARÍA ESPINASA
EZEQUIEL EZCURREA • CARLOS FAZIO • JUAN GELMAN
NOÉ JITRIK • SANDRA LORENZANO • DIEGO MASERA
MARIANA MASERA • OMAR MASERA • FRANCISCO SEGOVIA

Los nombres sin tumba




editorial
praxis

FEDERICO ÁLVAREZ • JOSÉ MARÍA ESPINASA
EZEQUIEL EZCURRA • CARLOS FAZIO • JUAN GELMAN
NOÉ JITRIK • SANDRA LORENZANO • DIEGO MASERA
MARIANA MASERA • OMAR MASERA • FRANCISCO SEGOVIA

Los nombres sin tumba

Mariana Masera

COMPILADORA

A LA VUELTA DE LOS DÍAS

FEDERICO ÁLVAREZ • JOSÉ MARÍA ESPINASA
EZEQUIEL EZCURRA • CARLOS FAZIO • JUAN GELMAN
NOÉ JITRIK • SANDRA LORENZANO • DIEGO MASERA
MARIANA MASERA • OMAR MASERA • FRANCISCO SEGOVIA

Los nombres sin tumba

Mariana Masera

COMPILADORA

Toda visita a un hospital o a un cementerio es un viaje a la melancolía: en el primer caso, a la que se viene, en el segundo, a lo que se fue. La melancolía hospitalaria es invernal y provisoria, la cementerial es otoñal y definitiva. El sol de otoño es el sol de los homenajes a los muertos, a ellos otoño si los muertos no han estado, como muertos, de "campo presente", como se suele decir. El sol de otoño es frío y lánguido en nuestras latitudes y no nos calienta demasiado cuando algo nos saca del sistema defensivo con que encaramos nuestros días vivientes y nos embutea con una memoria que no tiene ninguna sunta, ninguna omisión: juramos la vida que se vive, la pena de la muerte que vino a retacearla. Pero aún si los cuerpos no están ni estuvieron presentes, si fueron sustraídos de sus propias muertes. Es el indescifrable caso de los desaparecidos que, por desaparecidos, constituyen una memoria que no tiene ni el sano olvido y, por eso, de hecho nunca olvidada. Constante duelo que sólo podría darse una pausa si hubiera una total reconstitución del hecho físico de la desaparición por medio de una justicia, eso que nunca viene, o, si llega, tardía y perezosa, restituye muy poco, no compensa el desgaste, convierte toda evocación, todo homenaje, en un sol de otoño bajo el cual los que recuerdan se agrupan, como niños perdidos o abandonados.

Estos niños, los niños Masera Cerniti, no están perdidos ni

fueron abandonados: se los volvió a encontrar al volver al mundo. Editorial Praxis, Buenos Aires, 1994. 120 páginas. \$ 12.000.



editorial
praxis

Portada
MALOU CERUTTI

Interiores
DIEGO MASERA y MALOU CERUTTI

DR © EDITORIAL PRAXIS
PRIMERA EDICIÓN, 2000

ISBN 968-6509-19-4

EDITORIAL PRAXIS, Vértiz 185-000, Col. Doctores, Del. Cuauhtémoc, C. P. 06720,
México, D. F., Tels. (5) 578 86 89 y (5) 761 94 13. Telefax (5) 578 86 89

Prólogo

NOÉ JITRIK

Toda visita a un hospital o a un cementerio es un viaje a la melancolía: en el primer caso, a la que se viene; en el segundo, a lo que se fue. La melancolía hospitalaria es invernal y provisoria, la cimiteril es otoñal y definitiva. El sol de otoño es el sol de los homenajes a los muertos, doble otoño si los muertos no han estado, como muertos, de “cuerpo presente”, como se suele decir. El sol de otoño es tibio y lánguido en nuestras latitudes y no nos calienta demasiado cuando algo nos saca del sistema defensivo con que encaramos nuestros días vivientes y nos enfrenta con una memoria que no tolera ninguna sutura, ninguna omisión: jamás la vida que se vive compensa de la muerte que vino a retacearla. Peor aún si los cuerpos no están ni estuvieron presentes, si fueron sustraídos de sus propias muertes. Es el indecible caso de los desaparecidos que, por desaparecidos, constituyen hechos de infatigable memoria, no de sano olvido, y, por eso, de duelo ininterrumpido. Constante duelo que sólo podría darse una pausa si hubiera una tenue recomposición del hecho físico de la desaparición por medio de una justicia, eso que nunca viene, o, si llega, tardía y perezosa, restituye muy poco, no compensa el desgaste, convierte toda evocación, todo homenaje, en un sol de otoño bajo el cual los que recuerdan se agrupan, como niños perdidos o abandonados.

Estos niños, los niños Masera Cerutti, no están perdidos ni fueron abandonados: se les sustrajo la infancia al sustraerles

el padre y el padre de la madre, se los condenó a mares de melancolía y a una búsqueda en esas aguas tan conmovedoras como tantálicas. Al buscar las imágenes de los seres que fueron sustraídos, de los que fueron despojados, los niños Masera se han convertido en ciudadanos del sentido, si el sentido es perseguir una falta, una ausencia: lo que evoquen tendrá sentido, como en el poema de Quevedo lo tiene el polvo de aquello que ya nunca más vendrá a depositar su amor físico en quien lo desea y lo reclama. Su palabra de evocación, su pedido de justicia, su memoria vigilante tendrá, la tiene, la densidad de la palabra absoluta, como la tuvo la palabra de Primo Levi en la evocación de Juan Gelman, el nombre de David en el recuerdo de Federico Álvarez, lo que les sugiere la palabra desaparición a hijos del exilio como José María Espinasa y Francisco Segovia y Sandra Lorenzano.

Frente a ella, me siento trivial y aéreo pese a que su nombre Massera se instaló en nosotros desde que llegamos a México lo incorporamos a lo más significativo de lo que era la represión dictatorial en la Argentina. Lo sabíamos, supimos qué habían significado esas desapariciones, tanto como otras, acaso más, pero difícilmente podíamos elaborar el concepto aunque denunciáramos el hecho. Tal vez ahora, cuando insistentemente, obsesivamente, se nos recuerda, lo comprendemos mejor o comprendemos que en lo inasible de la idea misma de desaparición yace, agazapado, un horror sin nombre porque el nombre del cuerpo desaparecido ha sido desaparecido a su vez y sólo ha dejado, en su lugar, una herida que no sólo marca a una mujer y a un grupo de tres niños solitarios sino a toda una civilización.

12 de enero

OMAR MASERA

En 1997 se cumplieron 20 años de la desaparición de nuestro padre Omar Masera Pincolini y de nuestro abuelo Victorio. Un grupo de paramilitares irrumpió con violencia en nuestro domicilio, llevándoselos con rumbo desconocido. Su caso se repitió una y otra vez, 30 mil veces más. Son los NN, los sin nombre, los sin tumba, son los desaparecidos de Argentina.

Entre los años de 1976 y 1983 Argentina estuvo bajo el terror de la dictadura militar. Durante ese periodo los militares reprimieron, robaron, torturaron y asesinaron a miles de personas. El 12 de enero de 1977 desaparecieron a nuestro abuelo Victorio Cerutti y a nuestro padre Omar Raúl Masera Pincolini, en el mismo operativo que desaparecieron a Conrado Gómez y Horacio Palma. Ellos formaban parte de la Sociedad Cerro Largo, S.A. Ninguno de ellos apareció. Se sabe que estuvieron en la Escuela Mecánica de la Armada (ESMA) y que el operativo fue realizado por el Grupo de Tareas 3.3.2.

Durante ocho años, las diversas juntas militares, iniciadas por Videla, Agosti y Massera se dedican al asesinato, la tortura y el saqueo, convirtiendo en subversivo a todo aquel que levantara la voz por los derechos humanos. La filosofía de la época queda ilustrada por el general Saint Jean, gobernador de la Provincia de Buenos Aires durante la junta militar, quien expresó: "Primero tenemos que matar a todos los subversivos, después a sus simpatizantes, después a todos los indife-

rentes; finalmente, vamos a matar a todos los tímidos”.

Veinte años después no hay respuesta sobre los desaparecidos: ¿Dónde están? ¿Cómo, cuándo y dónde los asesinaron? Sólo sabemos que estuvieron en centros clandestinos de exterminio, sometidos a las más bárbaras torturas y vejámenes, o fueron arrojados vivos desde aviones, atados los pies con bolsas de cemento para perecer en el mar, o que terminaron hacinados en fosas comunes.

Veinte años después tampoco hay respuesta sobre los culpables: los responsables del genocidio, muchos de ellos buscados por la justicia internacional, están impunes. Algunos, incluso, se han reincorporado a la vida política de Argentina.

Para nosotros los vivos quedó el exilio, la orfandad, la soledad, la pérdida de la familia y de la patria, la impotencia ante la injusticia. Nos quedó vivir acompañados de la incertidumbre de la muerte de nuestros desaparecidos.

Pero también nos quedó la memoria y la responsabilidad de reconstruir nuestras vidas y contar los hechos para que no olvidemos y que no se repita este genocidio.

México fue y es para nosotros la vida. Aquí crecimos, aquí nos formamos y conocimos que no estábamos solos. Nos encontramos con gente de corazón generoso y brazos abiertos, casas con puertas abiertas y escuelas con aulas libres. Encontramos exiliados e hijos del exilio español y de otros países latinoamericanos que, sin preguntarnos, conocían el dolor y la soledad y nos brindaron comprensión y afecto.

Omar es un nombre, una tumba abierta, una historia inacabada. Hablar sobre su desaparición es hablar sobre 30 mil desapariciones; no es un hecho del pasado, es hablar del presente, es defender el respeto al hombre.

“Desde siempre, a una hora incierta, /
esa agonía vuelve”

JUAN GELMAN

Durante el proceso contra el nazi Klaus Barbie, a quien se le imputó la muerte de 5 mil judíos franceses, el llamado “carnicero de Lyon” dijo: “Yo no me acuerdo de nada. Si se acuerdan ustedes, el problema es de ustedes”. En efecto: recordar a las víctimas de un genocidio, en este caso el argentino, es un problema nuestro.

La dictadura militar argentina no sólo desapareció a 30 mil personas: lo hizo de tal modo que cada desaparición fue una perdigonada que alcanzó a padres y a hijos, a familiares y amigos. Ellos también son víctimas y saben que el infierno no termina cuando se apagan los hornos y se cierran las puertas: hace más de 13 años que cesó el infierno militar en la Argentina, pero decenas de miles de personas viven esa segunda parte del infierno que crepita en la memoria y no hay modo de apagar. “Desde siempre, a una hora incierta, / esa agonía vuelve / y hasta que mi cuento espantoso sea contado / mi corazón sigue quemándose en mí”, dice el viejo marinero de un poema de Coleridge que mencionó Primo Levi. Para muchos argentinos, esa constancia es vida real que quema cada día.

¿Qué esperan los militares para dar cuenta del destino que infligieron a más de 30 mil argentinos? Una regla de hierro del infierno es que no tiene ningún cartel que indique la salida. Pero el espacio del duelo posible es otra cosa que el infierno:

aminora sus fuegos y el dolor quemará menos. Nadie puede hacer el duelo solo. Hasta las culturas más primitivas inventaron ritos públicos para que la muerte de uno fuera aceptada por todos, especialmente por quienes más lo amaron, como pasaje obligado de la vida. La dictadura militar no sólo asesinó a gente inerte en el más repugnante anonimato: también desapareció el relato de esas muertes y castigó así —con la incertidumbre, con la impotencia, con la desesperación que ambas alimentan, con la visita cotidiana del horror y del terror— a los seres que el asesinato amó. En ellos él ha vivido muchos años, sacudido por las mareas contrarias de la esperanza y la desesperanza. Los deudos de los pocos militares y policías que cayeron en “la lucha contra la subversión” conocieron el dolor, pero no este infierno que es el dolor dos veces. Sus muertos fueron enterrados con todos los honores que la dictadura les rindió.

“Nuestro asumir el duelo llega hasta cierto punto, porque cada uno no supo realmente qué pasó con sus padres, no puede asumir nada”, dice Carolina Llorens, hija de desaparecido y miembro de Hijos por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio. “Uno hace el duelo hasta donde te dejan —agrega Josefina Giglio—. Llega un momento en que la responsabilidad es del Estado y de la sociedad, que nos dejen terminar con esto. No es que uno no quiera cerrar la herida para seguir revolviendo, es que uno no puede hacer otra cosa”. Otra cosa que seguir buscando la memoria de la muerte de los seres queridos como manera aciaga de fortalecer la propia subjetividad. Claro que, en general, los militares no tienen mayor preocupación por la subjetividad ajena. Si la tuvieran, darían la lista de los desaparecidos y la lista de los asesinos en vez de ampararse en un cobarde “no ha lugar”. De la cobardía de nuestras fuerzas armadas el pueblo argentino tuvo pruebas suficientes durante la dictadura militar, tanto en lo que hace al exterminio de miles de personas indefensas como el escaso

valor que algunos exhibieron en la guerra de las Malvinas. Por ejemplo, el torturador y asesino Astiz, de la Escuela Mecánica de la Armada, que se rindió a los ingleses sin disparar un solo tiro, gastó todo su valor en el asesinato impune de Madres de Plaza de Mayo.

La dictadura militar ha abandonado al gobierno del país, pero sigue *dictaturando* al país. La red de intereses que la sostuvo abarcó amplios estratos civiles y funciona todavía. Ministros y altos funcionarios del presidente Menem fueron personeros de la dictadura y los genocidas andan sueltos por la calle, siguen en las fuerzas de seguridad o forman parte de los ejércitos privados de empresarios, como Yabrán y otros. Obispos, políticos, jueces, dirigentes sindicales, intelectuales y periodistas, sectores empresariales poderosos que constituyeron el tejido de apoyo a las juntas no se retiraron a los cuarteles. Ahí están, sin condena ni sobresaltos, bregando por el silencio y el olvido, siempre en sus instituciones, siempre alimentando el miedo que late sordamente en nuestra sociedad, siempre afirmando que los desaparecidos andan por Europa o las Bahamas, siempre amenazando —aun públicamente, como Menem— con nuevas desapariciones. Los presidentes civiles que supimos conseguir, ambos abogados, presuntos defensores del derecho, perdonaron a todos los autores de la mayor tragedia que sufrió la Argentina en este siglo. Cabe preguntar a quién le dieron las víctimas el mandato de perdonar en su nombre. La Argentina está enferma de impunidad.

El gran escritor italiano Primo Levi, que conoció el infierno de Auschwitz, escribió: “La herida no tiene cura, persiste en el tiempo y las furias —en cuya existencia nos vemos obligados a creer— perpetúan el trabajo del atormentador, negándoles paz a los atormentados”. Los familiares de los desaparecidos no estuvieron en ninguno de los 356 campos de concentración de la dictadura militar. Pero tienen su propio

campo de concentración en la mente y ven al padre o a la madre, al hermano o al hijo picaneado y golpeado, con una realidad que se repite más allá de la misma realidad. Los muertos ya están muertos, pero siguen muriendo muchos más y muchas veces eso impide recordar al ser querido en lo que fue de vida y no de muerte.

Se equivocan el presidente Menem, los militares de autocritica cortita y todos los que suponen que el asunto se ha cerrado con esas declaraciones de los jefes de las Fuerzas Armadas que reiteran que "apenas si hubo excesos". Insisten —crueldad suplementaria y aun gratuita— en la imposibilidad del duelo por vigencia de la ley. Pero el dolor tiene otras leyes. El dolor reclama justicia. El dolor reclama la verdad. Para los griegos de hace 25 siglos el antónimo de olvido no era memoria. Era verdad.

No conocí al compañero Omar Masera, pero estoy seguro de que quiso lo mismo que centenares de jóvenes que habitan mi memoria. Seguramente quiso cambiar la ancha vida, como quiso Rimbaud: hacerla más justa, más humana. Seguramente él fue como el sobreviviente de las Brigadas Internacionales que pelearon contra Franco y del que Luis Cernuda dijo, 20 años después de la derrota de la República Española:

Que aquella causa aparezca perdida
nada importa;

que tantos otros pretendieron fe en ella,
sólo atendieran a ellos mismos,
importa menos.

Lo que importa y nos basta es la fe de uno.

Por eso otra vez la causa te aparece
como en aquellos días:

noble y tan digna de luchar por ella.

Y su fe, la fe aquella, él la ha mantenido
a través de los años, la derrota,
cuando todo parece traicionarla.

Mas esa fe, te dices, es lo que sólo importa.

Gracias, compañero, gracias porque me dices
que el hombre es noble.

Nada importa que tan pocos lo sean:

uno, uno tan sólo basta como testigo irrefutable
de toda la nobleza humana.

Compañero Omar Masera, gracias.



¿Y el tío David?

FEDERICO ÁLVAREZ

A mis setenta años se puede colegir fácilmente —me diante una elemental operación de resta— que viví la guerra española de los nueve a los doce años de mi edad, y son esos, precisamente, los años que, casi cuatro décadas después, vivió Mariana niña la guerra sucia argentina.

Por circunstancias que no hacen al caso, pasé los años de la guerra española en la zona franquista, en San Sebastián, con mis abuelos, lejos de mis padres, que habían quedado en Madrid. Nos reunimos, felizmente, cuatro años después, en 1940, en Cuba, primer país de exilio de mis padres. Tras la fiesta inolvidable del encuentro, al día siguiente, mi padre me preguntó, muy serio: “¿Y el tío David?” Yo llevaba la triste noticia: había sido fusilado en Alicante pocos meses antes. Miró al vacío y dijo: “Lo sabía, lo sabía”. Mi tío David era excelente dibujante, ilustrador de cuentos infantiles. Una de las primeras ediciones de *Rompetacones* y *Azulita*, los cuentos de Antoniorrobles, estaba ilustrada por él. Durante la guerra fue comisario de las milicias vascas que defendieron largamente la Ciudad Universitaria de Madrid. Tengo desde siempre, enmarcada en mi biblioteca, una vieja fotografía recortada de un periódico madrileño en la que aparece él, precisamente, en el frente de la Ciudad Universitaria, con el comandante Ortega, también fusilado, y en el pie de la foto se habla del heroísmo de su brigada.

Mi hijo se llama David. Se trata de una recordación elemental, casi tradicional. Hay varios *David*es en la familia. También guardo la estrella de comandante de mi padre que él guardó después de descoserla de su uniforme cuando tuvo que despojarse de él al cruzar en febrero del 39 la frontera francesa. ¿Quién no guarda esas cosas? ¿Quién no perpetúa el nombre de los seres queridos, y más si son víctimas valientes del fascismo?

¿Por qué recuerdo todo esto?

Mariana no ha perdido un tío; ha perdido a su padre. Y, de buenas a primeras, parece como si un lazo especial nos uniera. Cuán diferentes son sin embargo, aun dentro de la infamia, ambos casos.

Después del horror franquista, vino el horror hitleriano y el inconcebible sacrificio de millones de seres inocentes en los campos de exterminio nazis. Había ya aquí una escalada en la monstruosidad. Como tantísimos más, mi tío David fue condenado a muerte por el solo hecho de haber tenido mando de tropas en el ejército republicano. Sobraban pruebas que lo demostraran. El juicio debió ser brevísimo. Tal vez la foto que guardo y el texto de su pie fueron entonces pruebas suficientes. No había por qué torturarlo. Su tumba está en el cementerio de Alicante.

El nazismo, a su vez, ya no juzgaba, ni siquiera sumariamente. Arrancaba de sus hogares a las personas y les daba muerte en lugares diseñados cuidadosamente para esa función. Yo he visto Auschwitz —es otra experiencia inolvidable— acompañado solamente por tres amigos polacos, y recuerdo que, a los cinco minutos de estar en aquel lugar, lloré ya todo el tiempo de mi estancia allí, como una función natural, como caminar y sudar.

Y luego vino el espanto de Argentina. Los militares argentinos maquinaron fríamente una técnica de terror que ni Fran-

co ni los nazis imaginaron. Para ellos la oposición era el Mal, el cáncer, la enfermedad del país de la que había que curarlo. Y la trataron como quien extirpa un tumor. Se han reiterado mucho estas imágenes verbales quirúrgicas. Y se ha hablado también de maniqueísmo. Los militares eran el Bien, el cirujano que salva el cuerpo enfermo: su tarea era una cruzada del orden, de la moral, del patriotismo. Y extirpar era eliminar. Inventaron el modelo terrorista del secuestro y de la desaparición del cuerpo (400 desapariciones en promedio cada mes en 1977). Era la violación sistemática, articulada como una política de gobierno, de todos los derechos humanos. Y la tortura también de los familiares que ni siquiera podían exteriorizar su dolor. Arrancados de sus hogares, torturados con una crueldad inigualada, las víctimas elegidas eran sacrificadas sin juicio alguno, enterradas en fosas comunes o arrojadas al mar. La desaparición —tema que se ha estudiado largamente— fue la aportación de los militares argentinos al museo del horror humano. El hecho de que las familias, las madres, los hijos, no pudieran conocer nunca el destino de sus hijos, de sus padres, de sus esposos, si vivían o no, si estaban en tal cuartelillo, en tal escuela convertida en cárcel, en tal campo (lugar cuya ubicación y cuyos horrores se filtraban aviesamente entre la población civil para extender el pavor), constituye una de las abominaciones más inauditas de nuestro tiempo y hoy puede hablarse del “paradigma de la búsqueda” y de la “psicología del sobreviviente” como temas de estudio del dolor humano.

Y al mismo tiempo, el uso teatral del terror. Cuenta Gillespie: fusilamiento de un secuestrado contra el obelisco de Buenos Aires en pleno día, hallazgo de 30 cadáveres dinamitados en Pilar, de otros 17 en Lomas de Zamora, de 55 en La Plata, etc.: la ocultación calculada, y la exhibición calculada también.

¿Qué piden las Madres de Plaza de Mayo? Saber dónde están sus hijos. Repetir sus nombres, exhibir sus retratos. ¿Qué piden los hijos de los desaparecidos? Saber dónde están sus padres. Repetir sus nombres, exhibir sus retratos. Exigir el cierre de ese inaudito círculo de dolor.

Es lo que venimos a hacer aquí. Venimos a decir dos palabras: Omar Masera.

Omar Masera era hombre de cultura, joven profesor universitario, agrónomo, investigador. Lo arrancaron de los brazos de su familia, en su propia casa, el 12 de enero de 1977 y no ha vuelto a saberse nada de él. Resulta abrumador, increíble. Y es un caso entre miles.

Cuando decimos que era profesor universitario no estamos haciendo un capítulo de dignidad aparte. Lo decimos porque es una muestra entre muchas de que para la dictadura de los militares argentinos la cultura era en sí misma uno de los enemigos esenciales.

Decía Videla: “La guerra a la cual nos veíamos enfrentados era una guerra eminentemente cultural”.

La junta militar se propuso, pues, no solamente exterminar la oposición insurreccional militante sino también la oposición en el campo de la cultura, como quien desbroza con fuego un campo cultivado de especies perniciosas.

“En Argentina —dice David Viñas—, la literatura y la cultura, en la última y más profunda instancia, es asunto político”. Y recuerdo que en La Habana y en Madrid, cuando llegaron los primeros exiliados argentinos —y la memoria me trae muy a lo vivo la imagen del querido Paco Urondo, en La Habana, y las de Rodolfo Walsh, y Cortázar, y Viñas—, al recordar yo la imagen fotográfica, clavada en mi retina, en el balcón del Palacio de Oriente de Madrid, al lado de Franco, vitoreada por los falangistas allí reunidos, les preguntaba qué era aquello del peronismo marxista, de aquel grito de la iz-

quiera argentina: "Perón, Evita, la patria socialista". Y Paco Urondo, a fines de los sesenta, calculo, sonreía, como diciendo: "déjalo, nunca lo entenderás", y David Viñas y Julio Cortázar, muchos años después: "Si lo averiguás, me lo decís"... (Y discutíamos también sobre Rosas, sobre Sarmiento...). Y luego aquí en México, con Mempo Giardinelli, viniendo de un congreso en Zacatecas.

Era ya el tiempo de la derrota; cuando empezaba la autocrítica, los errores, la teorización del horror. Como en España durante la tan mentada transición. Como desde hace algún tiempo en la también mentada transición argentina. Porque en la Alemania nazi los culpables fueron condenados y ejecutados, pero en España y Argentina andan todavía por la calle.

Un querido amigo, ya desaparecido, que había pasado quince años de su vida en las cárceles franquistas, me dijo un día que se había encontrado en el metro madrileño abarrotado de gente, cara a cara, tomados ambos de la barra del techo, con el esbirro franquista que muchos años atrás lo había torturado sañudamente día y noche. Y que el policía se dirigió a él con la expresión de una sorpresa agradable ("¡Tanto tiempo!"), y que le había preguntado amistosamente que qué era de su vida, si se había por fin casado, si tenía trabajo; y que él le había confesado —casi mecánicamente— que sí, que se había casado, que tenía trabajo y dos hijos. Y que el otro lo felicitó, y que se despidieron —me lo decía amargamente— como si fueran viejos compañeros de la oficina. Y me dijo cosas más graves, sobre el ser humano, sobre la vida.

Lo mismo, tal vez, hoy, en la Argentina. Repito: es la derrota. Porque, en la victoria, si se hubiera producido la verdadera victoria sobre la dictadura y se hubiera aplicado la justicia sobre los torturadores y asesinos, no habría esa amargura retrospectiva, ese análisis de los maniqueísmos traspuestos de derecha a izquierda, ni otras reflexiones que ya no se dan en

Alemania porque los guardias de la Gestapo y quienes los dirigían fueron juzgados y condenados.

Y eso es lo que nos falta también. Recordar, día a día, a las víctimas, a los desaparecidos; exigir, en el caso argentino, el conocimiento de su destino, la identidad de sus victimarios, y pedir justicia, una y otra vez.

Recordar. El caso no está cerrado. Escribir en bronce sus nombres. David Álvarez. Omar Masera.



¿Qué tiene de subversivo un violinista?

EZEQUIEL EZCURRA¹

Cuando se dio el golpe militar, yo trabajaba en la Fundación Bariloche, uno de los proyectos intelectuales y científicos más interesantes, más brillantes, que se han hecho en Argentina en el siglo veinte.

Ya había pasado por la experiencia de la represión. Muchos recordarán en el año de 1974 la intervención en la universidad conocida en el Ministerio de Educación como Misión Ivanisevich. Durante ese período, en todos los ambientes de la universidad y de los institutos de investigación hubo *barridos* de todas aquellas personas sobre las cuales recayera la sospecha de que su ideología tenía algún tinte levemente róseo, por decirlo de alguna manera.

Yo tuve la suerte de que me acogiera la Fundación Bariloche. Una fundación generosa que, a pesar de los nubarrones que ya se ceñían sobre el horizonte político argentino, mantuvo con valentía la libertad académica y la defensa de la investigación científica. Tenía proyectos de investigación realmente de vanguardia para aquel momento, que comprendían desde una orquesta de cámara, la Camerata Bariloche, hasta investigaciones en líneas absolutamente vanguardistas para la época, como medio ambiente, ecología, biología y genética molecular, matemáticas, computación científica y sociología.

¹ El presente documento fue transcrito de una versión grabada

La fundación era realmente una utopía. Era un lugar que generosamente, en 1973, asiló a intelectuales e investigadores chilenos y uruguayos que habían huido de sus países; unos por el golpe de Pinochet y otros por el autogolpe de Bordelev. En esta fundación se estimulaba el tratamiento científico de temas considerados como transgresores para el *establishment* científico del Conicet, que por aquella época era dirigido por investigadores de derecha, ultranacionalistas y ultracatólicos.

En marzo de 1976, cuando se dio el golpe, he de confesar que ninguno de nosotros le dio mayor importancia. Pensamos que no podía ser peor que como ya estaba la cosa. Recordemos que en aquella época estaba la triple A, las huestes de Lope Rega dando vuelta; ya había desapariciones. La represión, en todo el ambiente intelectual y científico, ya estaba desatada. Ninguno de nosotros realmente pensó que podía ser peor. Debo decir que nos equivocamos y nos equivocamos de una manera muy severa.

En pocos meses nos enteramos de que el gobierno militar consideraba intolerable una institución en la cual hubiera uruguayos y, sobre todo, chilenos, quienes fueron los objetos fundamentales para las hipótesis de guerra y de juegos de guerra de los militares argentinos.

Rápidamente se nos cortó todo tipo de financiamiento, que obteníamos no sólo del gobierno sino también de los organismos internacionales. Estos recursos nos permitían realizar los trabajos de investigación novedosos y originales.

Pensamos que ahí iba acabar todo, pero la cosa siguió. Comenzaron los robos misteriosos a las casas de los investigadores. Las joyas y los objetos robados aparecían después en las hijas de los militares de Bariloche.

Tiempo después comenzaron a surgir listas, que nos filtraban desde la gendarmería, de personas que iban a ser secues-

tradas. En 1977, sobre todo en ese año, comenzó abiertamente el horror en Buenos Aires.

Aprovecho el momento para recordar a tres mis más queridos amigos de la universidad que desaparecieron en ese período en un breve lapso: Ernesto van Gelderen, Mario Frías, Esteban Garat. Los últimos dos desaparecieron con sus esposas y Esteban con su esposa embarazada. Nunca supimos más de ellos.

Y llegó la represión a Bariloche. A mediados de 1977 ocurrió el secuestro del primero de la lista: el economista Carlos Barreda. En esos momentos nos dimos cuenta de que realmente la utopía —en el sentido estricto como la definió Tomás Moro— el no lugar, el lugar imaginario que era la Fundación Bariloche se había acabado.

Creo que nos fue bien en el fondo, sólo uno de nuestros compañeros desapareció y, gracias a la gesta muy valiente de varios organismos internacionales, años después apareció con vida. Nos fue mucho mejor que a nuestros compañeros de Buenos Aires, la mayoría de los cuales nunca volví a ver.

Yo me acuerdo cuando el cónsul británico me acompañó a tomar el avión para salir de Argentina, ya que gracias al Consejo Británico pude lograrlo. Cuando el avión despegaba y veía las aguas marrones del Río de la Plata alejándose y achicándose, me acordaba de Tommy T. Hower, el violinista de la Camerata de Bariloche, que también había salido del país gracias al Consejo Británico unos meses antes. Las preguntas ridículas que se me ocurrieron en ese momento fueron: ¿qué tan subversivo puede ser un violinista?, ¿qué le puede hacer a un país un violinista?, ¿por qué la persecución a personas que se dedican a cosas tan abstractas?

El año pasado tuve la ocasión de ser invitado a Las Jornadas de Botánica en Mendoza y de hacer una gran amistad con algunos de los compañeros mendocinos. Gracias a eso pude en-

terarme del cariño y del afecto que le tienen los agrónomos y botánicos a la figura y memoria de Omar Masera Pincolini, quien fue profesor titular de la cátedra de fruticultura, un gran botánico, un gran investigador y una gran persona que trabajó en la Universidad Nacional de Cuyo.

En Las Jornadas de Botánica del año pasado eligieron como emblema del encuentro una cactácea que sólo crece en Mendoza y tiene el nombre científico de *demosa rodacanto*, ya que tiene una serie de características que la hacen particularmente bella.

Yo decidí fotografiar esta planta el año pasado, porque me pareció muy interesante. Esta planta crece muy lentamente. Es muy posible que ya estuviera como plántula cuando San Martín organizaba el ejército de Los Andes en la precordillera de Mendoza.

Definitivamente, era una planta sexuada y ya estaba reproduciéndose cuando el general Roca organizó la Campaña del Desierto y el ala oeste del ejército recorría la precordillera de Mendoza, en lo que fue un horrible genocidio de pampas, mapuches y rankeles.

Con seguridad, esta planta estaba de un tamaño casi idéntico y florecía —pues sólo alimenta colibríes y flores— hace veinte años, cuando fue el auge de los secuestros en Mendoza. Posiblemente al lado de esta planta, que se encuentra cerca de la carretera, deben haber pasado varias veces los temidos Ford Falcon que recorrían el camino entre Malargüe, San Rafael y la ciudad de Mendoza.

Si YPF la deja, es posible que dentro de algunos años todavía la planta esté alimentando colibríes, cuando la dictadura militar argentina de 1976 a 1983 sea recordada en los libros de historia como una de las páginas más ignominiosas de la violencia argentina.

¿Por qué hablo sobre esta planta? Porque yo creo que esto

es una metáfora de lo que es el legado de todos nuestros compañeros y queridos amigos que desaparecieron durante la dictadura militar y que, por lo menos para mí, ha sido un motor rector del comportamiento: el respeto por la vida. No sólo hablo del respeto a la vida humana, sino también de la vida en general. Hablo del respeto a la diversidad de culturas, de opiniones y de la diversidad biológica del planeta.

¿Qué tan subversivo puede ser un violinista? ¿Qué tan importante puede ser una planta que no hace más que perdurar, que sólo sirve para alimentar flores y colibríes y que no sirve económicamente para nada? (En este momento esta especie está amenazada de extinguirse por la explotación petrolera)

Yo creo que la preservación de la riqueza biológica y cultural de nuestros países, la eliminación de la miseria social y el despojo natural son hoy problemas tan vigentes como hace veinte años, cuando fue el auge de la dictadura militar.

Un violinista, una planta, un investigador científico en la medida en la que contribuya a la diversidad y la pluralidad de la vida sobre la tierra pueden ser efectivamente subversivos frente a la homogeneización que nos propone este nuevo modal y global que implementaron a sangre y fuego los militares en Argentina.

Ése es para mí el mensaje más importante de nuestros desaparecidos. Eso es lo que yo recuerdo de mis amigos y el legado que me quedó de esa época: el respeto a la diversidad biológica y cultural.

Cierro —y con esto vendo mis años— con una estrofa de Simone y Garfunkel: “Conserva tus memorias / es lo más importante que tienes”.

Una manera de entender la memoria

JOSÉ MARÍA ESPINASA

Un asunto tan grave como el de los desaparecidos es evidente que rebasa cualquier marco circunstancial en el que se aborde: lo que pone en juego es un dilema ético más que político e ideológico, atenta contra el fundamento mismo de lo que usted y yo entendemos por ser humano. Hace poco leía la estupenda novela de Juan Damonte *Chao, papá*, y me preguntaba la razón de que ese libro, disfrazado de novela policíaca dura, me conmoviera más que muchos de los alegatos, algunos muy brillantes, que se han escrito en relación a la represión en Argentina, y específicamente al problema de los desaparecidos.

Hablar en memoria de Omar Masera Pincolini y otras treinta mil víctimas es pensar que la respuesta está justamente en que al presentar el problema desideologizado lo mostraba de manera más obvia en su plano ético. Los maleantes de *Chao papá* apenas se rozan con la guerrilla y la lucha política, pero son también víctimas de ese deseo de anular no sólo la inteligencia sino la existencia misma, a través de la desaparición física de la persona, privando de su sentido tanto al que desaparece como al que se queda.

Esa fue —quiero decir, esa es— la parte más cruel de la muy intensa guerra de baja identidad que se ha librado contra muchos países latinoamericanos. Desaparecer a las personas, desaparecer los cuerpos, desaparecer los nombres, desaparecer su

sentido, y así también desaparecer a su familia, a su mujer, a sus hijos y a sus hermanos, no dejarles ni el rito, no tener esa tumba sobre la cual llorar.

Por eso creo que la reacción ante esa injusticia cometida durará mucho tiempo, como un eco acusador cuando ya se hayan olvidado hasta los nombres de los asesinos. Porque ellos perderán el nombre, perderán el rostro y se quedarán sin memoria, gracias a que nosotros recordamos a los desaparecidos, a los que no se aceptará como muertos hasta que aparezcan y entonces, aun muertos, estarán vivos.

Se preguntarán por qué habla un escritor mexicano que nunca tuvo un pariente desaparecido por la represión. Les podría contar que soy hijo de exilados españoles y que fui y soy amigo cercano de personas que sí sufrieron ese hecho. Por diversas razones, mi educación me ha hecho desarrollar una verdadera repulsión, con características somáticas, frente a lo militar. Les podría contar que me he emocionado ante un poema de Juan Gelman hasta sentirlo como un asunto personal.

Pero no se trata tal vez de eso, sino de otra cosa: el hombre, la persona, cuando está allí, concierne a su entorno, a sus amigos, a sus amores, a su vocación y a su familia; cuando desaparece nos concierne a todos. Se vuelve una responsabilidad colectiva sin dejar de ser individual. Aparece como una figura radicalizada del otro, que ni siquiera el exiliado —a pesar de lo inclemente que pueda ser su situación— conforma. El desaparecido se erige en ese otro irreductible que queremos tener a nuestro lado, al que queremos quitar su condición de ausencia sin quitarle su condición de otro.

Es en este camino que la represión siempre se equivoca, nos lo ha dicho la leyenda, esa que nos cuenta que a los conquistadores españoles se les aparecía *La Llorona* para jalarles los pies y no dejarlos en paz. El texto lo dice con bastante claridad: para que no descansen en paz, nuestro llanto lo oi-

rán hasta en su tumba. Ese ruego puede adquirir muchos rostros, manifiestos, protestas, reuniones, que hacen del ejercicio de la memoria una razón de vida, para los que están aquí y para los que no están, para los aparecidos y los desaparecidos, para los que están por aparecer y los que esperamos que ya nunca desaparezcan.

El ejercicio de la memoria, de la palabra, no tiene entonces ningún rasgo plañidero, todo lo contrario, se crea un espacio tal, protegido por esa condición de humanidad de la que hablé al principio, que admite de nuevo la vida, incluso admite pensar en el futuro, provoca que la seriedad del dolor no enajene la alegría que fue, en muchos casos, una de las cualidades privilegiadas de aquellos que desaparecieron, el humor. Por eso se puede reír sin olvidar, por eso debemos reír sin olvidar.

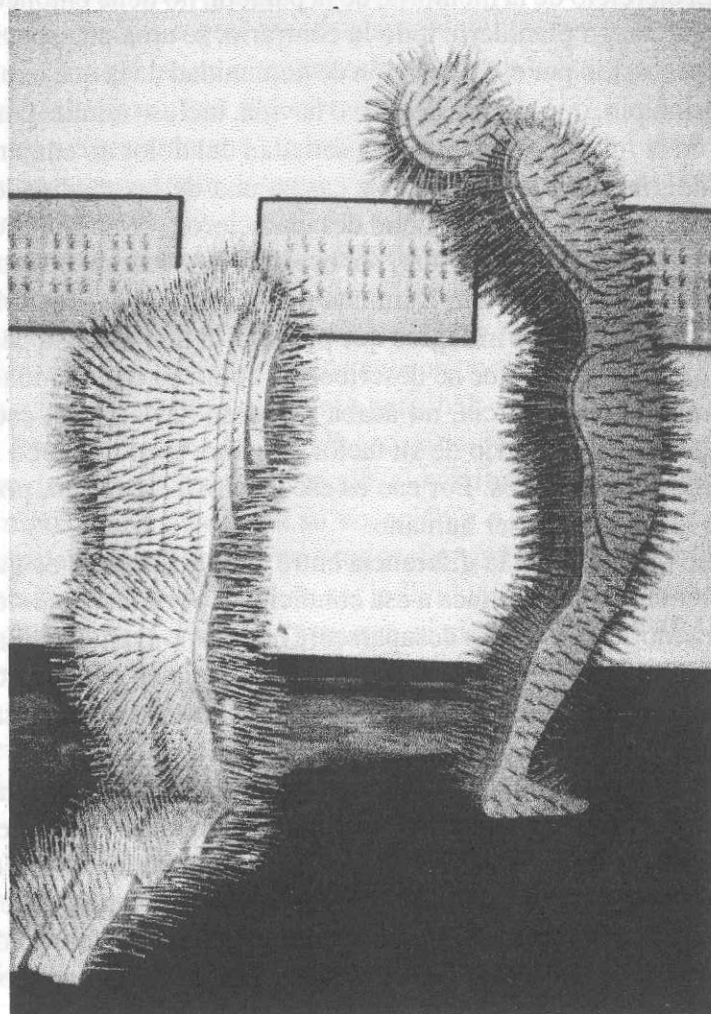
En la novela de Juan Damonte que mencioné al principio ocurre uno de esos milagros que provoca la literatura, la descarnada violencia que se describe, así como su cotidianidad, su repetición e inercia, no acaba por despojar nunca a esos malandrines de barrio de su factor humano, pero tampoco la pierden los asesinos. Por eso es escandaloso el crimen, porque lo comete un ser humano.

Lo que provoca la diferencia entre ellos y nosotros es que no renunciaremos nunca a esa condición y por eso ejercemos la memoria, por eso no desaparecerá nadie impunemente. Esa diferencia la reivindicamos no para echársela en cara a ellos sino para que lo sepan quienes desaparecieron, porque lo sabrán, de eso no hay duda, estén donde estén.

El ligero (o no tanto) matiz religioso que aparece en estas palabras diría que además de inevitable es muchas veces bien venido. No deja de ser sintomático que la represión obligue al que no cree en nada a reencontrarse con la esperanza, a volver a pensar el camino. No por azar en este texto aparecen de manera recurrente las palabras, hermanos, hijos, padres, amigos,

porque ese mundo que construimos entre todos y para todos, y al que aceptamos como no excluyente, sí lo afirmamos contra ellos y a favor de esa esperanza rescatada en la ausencia.

Es, justamente, la esperanza del otro, la del exiliado, la del perseguido, la del prisionero, sobre todo la del desaparecido, esa que afirmamos de nuevo.



Una imagen desenterrada

Para Mariana Masera

FRANCISCO SEGOVIA

Hace cuarenta y cinco siglos, apenas inventada la escritura, los escribas sumerios se dieron a la tarea de recoger, en tablillas de barro cocido, una serie de poemas sueltos que giraban en torno a una figura singular: Gilgamesh, el rey de Uruk. Siglos después, los asirios unieron ese ciclo de poemas con la argamasa de la epopeya y lo ensancharon bastante, pero conservaron intacta la antigua veneración por el héroe sumerio.

El caso de Gilgamesh es realmente único. Hasta donde sé, nunca ha vuelto a haber sobre la tierra un gobernante que se le parezca ni remotamente. Tanto el ciclo de poemas sumerio como la epopeya babilonia comienzan describiéndolo como un tirano de origen semidivino, violador de muchachas y ordenador de levas; ambos terminan mostrándolo como un simple mortal, resignado al destino y hasta humilde frente a él.

Todos hemos oído hablar alguna vez de reyes sabios, como Nezahualcóyotl o Alfonso X, y hasta de emperadores que quisieron darse un barniz de ilustración, como Alejandro de Macedonia y Pedro el ruso (uno Magno y otro Grande), pero ¿de un tirano que se vuelve sabio y mesurado, como Gilgamesh? Me impresiona la lección que recibe este guerrero, finalmente mortal, pero sobre todo me deja perplejo que se trate del sobe-

rano más antiguo al que se hayan dedicado algunas letras. Es como si, apenas inventada, la historia (el registro escrito de los hechos) se hubiera empeñado en contarnos las hazañas de Gilgamesh sólo para dejarnos bien claro que su destino es irrepetible; o sea, para decimos que fatalmente, desde entonces, las cosas han ido de mal en peor. Y conste que no hablo ya de redención, de sabiduría, de humildad, sino de algo tan simple como rendir cuentas. ¿Es siquiera imaginable, por ejemplo, que un dictador latinoamericano acepte sus errores, por no decir, francamente, sus crímenes? No, claro. No hay un solo dictador que no se vea a sí mismo como el salvador de la patria, aunque bajo la estatua que él mismo se erige por ello se ahogue la mitad de su país.

A mí ya sólo eso me basta para desconfiar de la palabra patria (porque es la que prefieren los dictadores para justificarse y porque siempre bajo una patria salvada hay otra asesinada o desaparecida). Y no es que me olvide de la otra patria; la que está en los labios de los poetas, por ejemplo, como la que López Velarde llamó suave en uno de los mayores esfuerzos que haya hecho un mexicano por no dejar que los poderes del Estado le confisquen su amor al terruño y a sus paisanos. Pero el caso de López Velarde es más bien una excepción y a mí no me basta para curarme del recelo que me provoca el término cada vez que lo encuentro entreverado en unos versos, ya sean los de una oda celebratoria, ya los de un poema de protesta.

Un viejo artículo sobre Argentina y una foto que lo acompañaba se refería a los arqueólogos argentinos, que a principios de los ochenta acudieron como voluntarios a realizar una tarea algo macabra, pero urgente para la salud y la memoria de su país: identificar los cadáveres que hacinaban las recién abiertas fosas clandestinas que los militares habían cavado para deshacerse de sus muertos (no, de sus muertos no; de los muertos de otros).

En la foto se observan: cuerpos a medio desenterrar, a medio vestir, casi todos de espaldas (como si hubieran sido enterrados boca abajo); y una arqueóloga joven, brocha en mano, limpiando, casi acariciando un brazo que, sin embargo, ni tocaba con las manos ni sacaba de su humillada postración. Había algo de religioso en todo aquello; algo de sagrado, intocable o prohibido; algo de eso que Rudolf Otto llamó *mysterium tremendum*.

La violencia del poema "Colillas", que se transcribe a continuación, no proviene de esos muertos sino de que los usa como imagen para mostrar otra imagen, infinitamente más banal: la de un cenicero atiborrado de colillas. Con todo, la tierra revuelta y algo húmeda de la fosa le contagia algo de su ominosidad terrible a la ceniza que cubre a trechos las colillas. Dicho de otro modo, la violencia del poema consiste en calcar la violencia de los asesinatos: mirar cosas ahí donde debiera mirar personas.

El poema echa mano de una palabra muy rara, pero también muy precisa: *suyud*. *Suyud* es la postura en que hacen sus oraciones los musulmanes, dirigiéndose a la Meca:

Colillas

Se arrugan de espaldas, agachadas,
a montones, las colillas,
como una colonia de termitas
bajo la catástrofe del sol.
Suyud de muchedumbres
que muestran sólo el lomo
con esa desnudez maciza del muñón.
Muda raza que no tiene
más rostro que la espalda,
obscena entre las cenizas,
como un cuerpo que la lluvia
deja a medias descubierto en un hoyanco.

“Prohibido el paso. Penado por la ley”

(fragmento)

MARIANA MASERA

“ Propiedad privada: Prohibido el paso. Penado por la ley” rezaba el cartel del portón de la Casa Grande. Mientras observaba el letrero, dio un golpe suave hacia adentro. Sintió que los recuerdos de aquella noche irrumpían en su mente de manera abrupta y acelerada. El callejón de tierra era una lengua caliente que parecía erguirse hasta encontrarla.

El tiempo no había pasado en balde. Sintió una nada apacible y llena que revolvía su cabeza y su estómago. Las calles eran iguales, los árboles y el adobe. No. No había quedado nada más que el cascarón de la Casa Grande como centinela del tiempo que transcurre. No había ningún rastro ni sangre ni palabras qué decir. Habría sido un crimen perfecto si no fuera por su memoria exacta.

La noche era un enjambre de cigarras. Los manzanos, la viña, los rosales envueltos en los olores oscuros. El verano abrasaba, asfixiante como un grito encerrado en la garganta. Un hecho distinguía esa noche de otras: su padre había desaparecido.

Retrocedió un poco, leyó de nuevo: “Prohibido el paso. Penado por la ley”. Ahora sí empujó el portón con violencia, como si quisiera romper la dureza del aire que se apretaba contra ella. Un aire duro y seco. El portón cedió a la patada.

Una patada a la puerta de la galería. Oía gritos por todas

las habitaciones. Abrió los ojos y sintió algo frío que se apretaba contra su frente. Una mano oscura la levantó de un jalón y la arrastró a la otra habitación iluminada, llena de gritos y un sonido sordo de tela rasgada. Alguien la empujó hacia el piso y le vendó los ojos, después le ataron las manos y finalmente los pies. Mientras la vendaba con jirones de sábanas, el hombre del pasamontaña y botas le quitó su reloj pulsera con una delicadeza casi repulsiva. Su madre estaba a un lado y respondía entre sollozos dónde estaban los objetos de valor. Sus hermanos, silenciosos, sólo eran delatados por la respiración agitada. Y los golpes secos en la galería que no cesaban. Eran cuatro bultos indefensos sobre la baldosa antigua y fría, casi como un lápida.

Se inclinó hacia el camino y buscó con la manos agarrar un puñado de tierra. Se la acercó a la boca. La probó en señal de reconocimiento. Sabía salada como el agua de aquel mar que alguna vez su bisabuelo había atravesado con la esperanza de encontrar un paraíso. Volvió el rostro para vigilar que nadie la hubiera visto. Cerró el portón y comenzó a caminar.

¿Dónde se habrían quedado todos los viñedos? Los mapas, como expertos cartógrafos, habían sido reconstruidos: cada parra era un muro, cada olivo una viga, cada rosa una pileta. Todo ordenado pulcramente, cuadriculado como en un cementerio. Los caminos de tierra se habían transformado en calles de asfalto azul, uniforme. Los nombres habían dejado de ser flores y árboles para convertirse en Libertad, Honor, Patria, Justicia. La Casita irónicamente quedaba en la esquina de Honor y Bondad. La tierra era la misma, como el olor a rosas, pero habían dibujado otra cosa sobre ella.

Bajo el cartel de la calle, azul y blanco, se cobijó del sol. Miraba hacia la viña imaginada, como en aquella antigua foto donde un viento invisible ondeaba las hojas de los árboles y el

cabello de su abuela en un armonioso movimiento. Miraba a lo lejos: al final del camino se veían las vías de un tren fantasma. Sólo asfalto. Coches de lujo. Todo limpio y pulcro.

Mientras llegaba a la línea divisoria azul, antes canal, ahora duro asfalto, se detuvo. ¿Para qué seguir adelante? No se detuvo. Allí había un olivo. No, no, más allá. Aquí estaba la acequia donde jugábamos carreras de barquitos improvisados con vides. Después, había un campo lleno de hinojo donde corría la yegua cuando era potrilla. Más allá, a la derecha, los álamos como guardianes silenciosos del camino. A la izquierda, la bodega. Altísima. En el primer edificio se guardaba el vino, y allí estaban las piletas para el mosto, la balanza para pesar los camiones, la oficina de adobe con los vidrios rotos y sucios. Mientras se acercaba a la Casita se distinguían el garaje y luego la higuera. Enfrente de la higuera, la Casita rodeada por rosales multicolores rojos, blancos, rosados. Sólo asfalto y casas.

Ya no había escapatoria. Caminó. Y pensaba a cada paso: “¿y si no era como se lo imaginaba?” Ahora sí tendría que anular su patria chica. Su casa, su viña, sus fantasmas. Avanzó decidida mientras enumeraba su infancia: la casita, la casa grande, la bodega, el tanque de agua, la casa de los contratis-tas, el canal, las uvas, las rosas, los sauces llorones, la cerca.

Avanzó y recordó que los usurpadores, ahora viejos inquietos, tenían miedo. Siempre que ocurría una visita de alguno de su familia se escondían detrás de los muros y soltaban a los perros. Ella se los imaginó gritando: “¡Cuidado, cuidado, ahí vienen!” Parecían haber olvidado que la casa, ahora casi búnker de nuevo rico encumbrado, la habían tomado un día bajo amenazas, apuntando a su madre con una pistola para que se fuera.

Los echaron de la casa. Se fueron. Y en esa prisa que contrae el miedo, ella lo había dejado todo: su padre, su abuelo, las tardes en la bodega, las uvas negras, los aluviones.

Desaparecidos

Las veces que había narrado la desaparición de su padre siempre había comenzado: “Era una noche de enero, entraron 15 hombres con pasamontañas y botas”. Intentaba describir una escena clara y precisa. A la tercera frase miraba la cara de su interlocutor o interlocutora y pensaba: “¿Para qué contar los hechos?” Sin embargo, había como una fuerza incontrolable que subía desde las vísceras hasta su boca y se transformaba en un discurso entrecortado e ininteligible. Y mientras miraba la cara del otro, las palabras no dichas se hundían punzantes y agudas en sus entrañas.

Cada vez que narraba la historia le parecía que su padre, como otros recuerdos, a veces estaba claro y seguro; otras, vago y frágil. Quizás estas variaciones demostraban que las imágenes no se quedaban estáticas, que ellos cambiaban y se transformaban en el recuerdo. En cambio el dolor no, el dolor siempre venía acompañado de una especie de náusea e ira que lo dominaba todo.

Sabía que seguiría contando la historia de mil maneras iguales, que algunos interlocutores llegarían a calmar su dolor con una mirada o un apretón de manos o el silencio. Pero también sabía que cada vez que contara la historia, mientras las palabras tenderían a hacerse balbuceos y silencio, en su fuero interno se reconstruiría un rompecabezas que terminaría por atraer todas las partes, aunque algunas de las piezas fueran un espacio vacío.

Desaparecidos eran su padre y su abuelo, ocultos del aire, como las raíces de los árboles que se entierran más profundas cada año y mientras más se hunden más se arraiga a la tierra el árbol. Así los desaparecidos, los entremuertos, como las raíces, iban enterrándose en su carne, en su memoria viva.

Reflexiones hacia el futuro

DIEGO MASERA

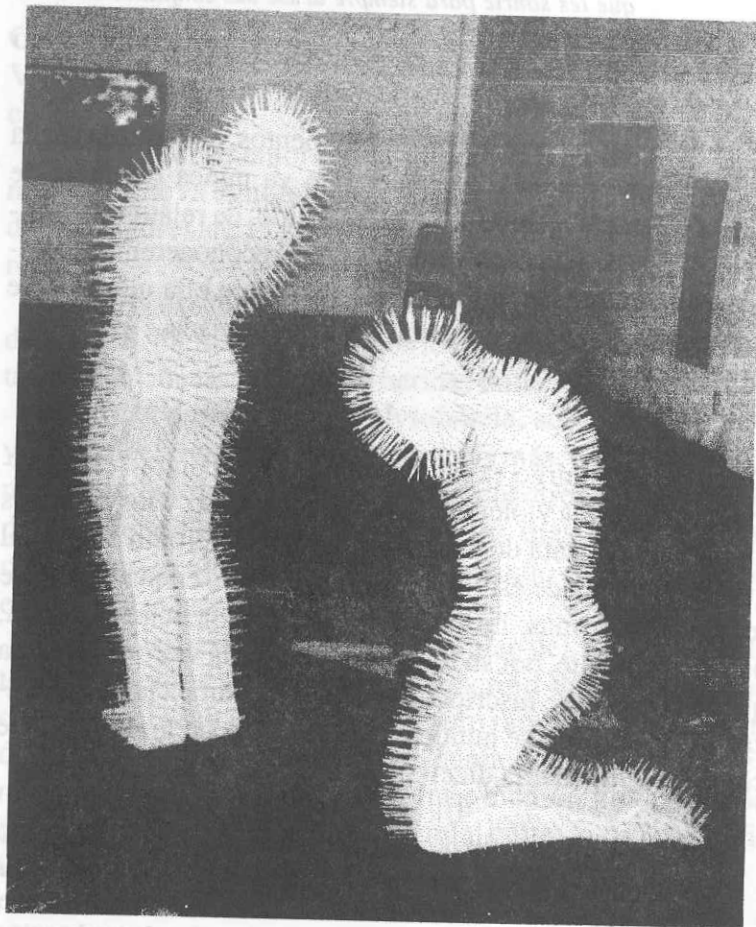
El exterminio sistemático de personas en más de 360 centros de detención clandestinos, la desaparición de más de 30,000 seres humanos y el enriquecimiento ilícito a través del robo, de la expropiación y del fraude de los altos mandos militares son algunas de las terribles consecuencias que dejaron los miembros de las diferentes juntas militares que estuvieron en el poder en Argentina de 1976 a 1983.

A más de 20 años del comienzo del genocidio, la justicia argentina ha condenado y posteriormente indultado a los responsables, a pesar de haber ejercido con impunidad el poder. Más aún, no se ha esclarecido el paradero de los desaparecidos.

Veinte años después, miles de familias deben cargar con la incertidumbre de la ausencia de uno o varios familiares desaparecidos que a estas alturas se deben suponer muertos y soportar que los autores de estos crímenes queden impunes ante la ley.

A lo largo de más de veinte años diversas organizaciones —como Amnistía Internacional, las Madres de Plaza de Mayo, las Abuelas de Plaza de Mayo— y personalidades, como el escritor Ernesto Sabato, el fiscal Julio Strassera, han demostrado la injusticia cometida y han pedido por el reconocimiento oficial de las víctimas y la condena de los culpables. Varios

de los principales inculpados, como Galtieri y Astiz, han sido condenados internacionalmente y son buscados por la Interpol. Sin embargo, todos los culpables están libres y legalmente exonerados en Argentina.²



² Dos años después Videla y Massera han sido puestos bajo arresto domiciliario por robo de menores. Sin embargo no se los ha condenado por los otros crímenes.

Por la memoria

*A mis primos, que tienen el recuerdo de una mamá
que les sonríe para siempre desde sus confiados 24 años.*

SANDRA LORENZANO

La memoria está hecha de fragmentos, de esquirlas de la propia historia, de voces que ya nunca oiremos, de rostros y pieles que se han perdido, de relatos sin principio ni fin, de palabras y músicas que reconoceremos siempre. Por eso, quizás, no pude escribir sobre ella más que de manera igualmente fragmentaria y desarticulada.

I

Cerca de Hamburgo existe un monumento contra "el fascismo, la guerra y la violencia, y en favor de la paz y los derechos humanos". Se trata de una estela forrada de plomo en la cual quien quiera puede escribir su nombre, como en una suerte de recogida de firmas. La fuerza de su permanencia está dada, paradójicamente, por su transitoriedad: cada vez que la estela queda cubierta de inscripciones hasta la altura a la que alcanzan los paseantes, se hunde un trecho en el suelo. El mensaje colocado junto a ella dice:

Invitamos a los ciudadanos a que agreguen sus nombres a los nuestros. Esto nos comprometerá a estar y permanecer vigilantes. Mientras más firmas lleve la barra de 12 m de altura, más se hundirá en el suelo. Hasta que en un tiempo indeterminado se hunda totalmente y el lugar del monumento en contra del fascismo situado en Hanburg se encuentre vacío, ya que nada se puede elevar permanentemente, en lugar nuestro, en contra de la injusticia.

A la larga, dicen, no hay nada que pueda ocupar nuestro sitio en la lucha contra la desmemoria y la violencia.

II

Contra la desmemoria y la violencia hay un reloj de sol en Villa María, Córdoba, que recuerda a los desaparecidos de la ciudad.

Contra la desmemoria y la violencia, una calle de Buenos Aires lleva el nombre de Azucena Villaflor, fundadora de las Madres de Plaza de Mayo, posteriormente desaparecida.

Contra la desmemoria y la violencia siguen las vueltas alrededor de la Plaza de Mayo todos los jueves; la cabeza cubierta con un pañuelo blanco, las heridas doliendo.

Contra la desmemoria y la violencia, actos y palabras, a veces colectivos, como hoy, otras, las más, en la intimidad, nos dicen que los 30 mil están con nosotros. Con algunos de ellos charlamos un rato todos los días, les contamos cómo van creciendo sus hijos o lo lindo que florecieron este abril las jacarandas.

Pero traigo esta imagen para hablar del exilio; de este tener recuerdos de dos patrias. Escribo patrias y sé que comparto el rechazo al término, pero también sé que cuando lo digo no pienso en ninguna bandera ni en los desfiles ni en la división política, sino más bien en una patria de entrecasa. Una patria con minúscula, como la de José Emilio Pacheco en unos versos que me gusta citar:

No amo mi patria. Su fulgor abstracto es inasible. Pero (aunque suene mal) daría la vida por diez lugares suyos, ciertas gentes, puertos, bosques de pino, una ciudad desecha, gris, monstruosa, varias figuras de su historia, montañas (y tres o cuatro ríos).

Y uno descubre con Pacheco que puede reapropiarse de la palabra patria, tan cargada, tan vapuleada por izquierdas, derechas y centros. Y pienso que esa patria mía tiene una geografía precisa sólo en el territorio del afecto. Allí están las tardecitas de Buenos Aires que canta el tango, y está el olor de San Ángel cualquier tarde después de la lluvia; está el mate tomado con amigos, pero también está la cerveza Victoria de una noche mientras mi hija me ayudaba a preparar la cena; está el paisaje pobre y entrañable de Jujuy —esa zona de la Argentina que tan poco se mira— y está la comandanta Trini tratando de explicarnos que, en su lengua, diálogo se dice “vámonos a poner a platicar, a ver si con la palabra de cada quien se hace una palabra común”. Están, finalmente, las velas por todos nuestros muertos.

Estar hoy bajo el cielo generoso, a pesar del esmog, de México, recordando a los desaparecidos argentinos, es un modo de reconocer, de manera agradecida, esta esquizofrenia enriquecedora.

III

La palabra amnesia está relacionada etimológicamente con amnistía, es decir, un cierto tipo de olvido se vincula con el borramiento oficial de la memoria. En nuestras tierras, el silencio engendra amnesia, engendra amnistía. Olvido y perdón.

Los que no quieren olvidar ni perdonar se preguntan cómo nombrar lo innombrable. “¿Cómo hablar de lo indecible?”, dice un personaje de Ricardo Piglia.³

³ Ricardo Piglia, *Respiración artificial*, Buenos Aires, 1980.

“Hay un estrato de la experiencia en el que la violencia infinita de la muerte enfrenta lo irrecuperable, lo que no puede ser revivido, el agujero de lo que no fue y que ya no va a ser”,⁴ explican los psicoanalistas.

La memoria bordeará ese vacío; el vacío de lo irrepresentable.

IV

Il canto sospeso es una obra compuesta por el músico italiano Luigi Nono en 1956,⁵ basada en cartas de resistentes europeos condenados a muerte por el nazismo. Una de las cosas más conmovedoras y más logradas de esta obra es que las cartas no son ni heroicas ni grandilocuentes sino las palabras de seres humanos con miedo.

Pienso en cartas, en los millones de cartas que contaban cómo se vivía nuestro propio horror de uno y otro lado de las fronteras internas y externas; también en las cartas que no pudieron ser jamás escritas y en otras que nadie leyó.

Y recuerdo las cartas de dos escritores que marcan dos momentos de la pesadilla. En el inicio, las cartas de Rodolfo Walsh, la “Carta a Vicki”, escrita para su hija asesinada por el ejército, la “Carta a mis amigos”, explicando que haber elegido morir fue “la última victoria de Vicki sobre la barbarie”, y la “Carta abierta a la junta militar” en la que escribió:

Han llegado ustedes a la tortura absoluta, intemporal, metafísica, en la medida en que el fin original de extraer información se extravía en las mentes perturbadas que la administran para ceder al impulso de machacar la sustancia humana hasta quebrarla y hacerle perder la dignidad que perdió el verdugo.

⁴ Hugo Vezzetti, *Punto de Vista*, núm. 49, p. 4

⁵ La información fue tomada del artículo de Federico Monjeau, “Il canto sospeso: la memoria cifrada”, *Punto de vista*, núm. 49, agosto de 1994, pp.16-19.

La escribió el 24 de marzo de 1977, cuando se cumplía un año del golpe militar; el día 25 Rodolfo Walsh desapareció para siempre.

Casi veinte años después, otra carta abierta nos conmueve; es la que le escribe Juan Gelman al nieto o nieta que no conoce:

Ahora tenés casi la edad de tus padres cuando los mataron (...). Me gustaría hablarte de ellos y que me habléis de vos. Para reconocer en vos a mi hijo y para que reconozcás en mí lo que de tu padre tengo: los dos somos huérfanos de él. "Somos —digo yo, hoy— una sociedad de huérfanos".

V

"Toda imagen del pasado no reconocida por el presente como algo que le incumbe" —escribió Walter Benjamin— "corre el riesgo de desaparecer irremediablemente".

Elijo dos imágenes del pasado en el presente; dos imágenes de hoy que muestran que con la disputa entre el punto final del olvido y la voluntad de la memoria, el horror sigue en casa.

Primera imagen: Cutral-Co, provincia de Neuquén, mayo de 1997. Los vecinos cortan la ruta en demanda de trabajo y sueldos dignos. La gendarmería dispara con sus armas flamantes, dispara desde sus vehículos blindados, casi ridículos con su pintura de camuflaje para la selva, circulando por las calles de esta pequeña ciudad sureña. El resultado es una muerta y un centenar de personas heridas. El jefe del contingente militar que actuó en Cutral-Co dirigió hace dos "décadas el principal centro de exterminio de prisioneros en Tucumán y asistió al general Bussi en la ejecución, mediante disparos a la cabeza, de personas cuyos cuerpos caían en pozos donde

eran quemados con neumáticos y una mezcla de gasolina y aceite, muertos o aún con vida. El secretario general de la presidencia dijo que se enviaba a Neuquén a los más capaces para cumplir la tarea encomendada".⁶

Segunda imagen: Julio de 1996. Se cumplen 20 años del "apagón de Ledesma", la trágica noche en que el ejército entró al barrio Libertador Gral. San Martín donde viven los trabajadores del ingenio Ledesma, provocando muertes y desapariciones. En 1996, todos los jueves una mujer sola, con un pañuelo blanco, da vueltas alrededor de la plaza. Sólo una; las otras madres han muerto o han tenido que emigrar. Hace muchos años que el norte argentino se vacía; su gente termina, por lo general, habitando los cinturones de miseria de las grandes ciudades del país.

Sin embargo, hace 15 días los cañeros de Ledesma cortaron las rutas, como en Neuquén, hartos del hambre y la falta de trabajo. Dijo el presidente Menem que eso era un delito, que desalienta a los inversores extranjeros; varios millones dicen, esperanzados, que eso no es un delito sino una "pueblada". La gente está otra vez llenando la plaza.

Contra la desmemoria y la violencia, como homenaje a Omar Masera Pincolini y los otros 30 mil que están aquí con nosotros, quiero pensar que quizás las plazas llenas y las rutas cortadas sean hoy el espacio de la utopía.

⁶Horacio Verbitsky, p. 12

La memoria hacia el futuro

CARLOS FAZIO

Quisiera empezar con una aclaración de rigor: Ésta es una exposición a dos manos. Tomé prestadas unas ventanas de mi paisano Eduardo Galeano, con la confianza que él se solidarizará con este acto de piratería mía, dado que es para compartir sus ideas y algunos recuerdos y comentarios míos.

Ventana 1: La memoria mutilada

La memoria del poder no recuerda: bendice. Ella otorga impunidad a los crímenes de los que mandan y proporciona coartadas a su discurso, que miente con admirable sinceridad. La memoria de pocos se imponen como memoria de todos. Los que no son ricos ni blancos ni machos ni militares, rara vez actúan en la historia oficial de América Latina. Los invisibles de siempre llevan siglos acostumbrados al silencio, y a veces dan la impresión de que se han acostumbrado. Se enaniza la memoria colectiva, mutilada de lo mejor de sí, y se pone al servicio de las ceremonias de autoelogio de los mandones.

Juan Bentín, cañero de UTAA y dirigente tupamaro, no figura en la historia oficial. A Juancito lo vi por última vez en un andén de la estación Coghlan en Chacarita. Lo desaparecieron por Paso de los Libres y nunca más se supo de él.

El Negro Demarchi me acompañó los últimos días en la Argentina, antes de que ACNUR me trajera refugiado a México. Salí de Buenos Aires el 5 de agosto de 1976. Esa tarde lo secuestraron en las puertas de *El Cronista Comercial*. El 6, aquí en el DF, conocí al Quito Burgos. Me dijo lo que le ocurrió a Demarchi. Después, en 1989, los militares también desaparecieron para siempre al Quito Burgos: le pasaron con un tanque por encima en La Tablada.

Ventana 2: La memoria rota

El poder no admite más raíces que las que necesita para proporcionar coartadas a sus crímenes; la impunidad exige la desmemoria. Para que las infamias puedan ser convertidas en hazañas, hay que romper la memoria.

Ventana 3: La memoria quemada

En 1949, en Granada, el arzobispo Cisneros arrojó a las llamas los libros musulmanes, para reducir a cenizas ocho siglos de historia escrita de la cultura islámica en España.

En 1562, en Maní de Yucatán, fray Diego de Landa arrojó a las llamas los libros mayas, para reducir a cenizas ocho siglos de historia escrita de la cultura escrita de América.

En 1983, en Buenos Aires, el general Reynaldo Bignone arrojó a las llamas la documentación sobre la guerra sucia de la dictadura militar argentina, para reducir a cenizas ocho años de historia escrita de la infamia carnicera.

En 1995, en la ciudad de Guatemala, el ejército chapín reprodujo al carbón la hazaña de Bignone.

Ventana 4: La memoria porfiada

No hay historia muda. Por mucho que la quemen, por mucho que la rompan, por mucho que la mientan, la memoria humana se niega a callarse la boca. Muchos argentinos de los de adentro empiezan a reconocer su mejor símbolo de salud mental en las Madres de la Plaza de Mayo, aquellas 14 mujeres que, cuando en abril de 1977 comenzaron a caminar de dos en dos frente a la Casa Rosada, fueron llamadas locas porque se negaban a olvidar.

Igual sucedió aquí en México, cuando otras locas como Rosario Ibarra levantaron la consigna “ni olvido ni perdón”. Porque la memoria sola no sirve. La memoria tiene que ser compromiso de lucha. La memoria tiene que ser como un estado revolucionario permanente dentro de uno, con un objetivo transformador. No olvidar no es compromiso. Memoria y no perdonar es compromiso.

Ventana 4: La mala memoria

La amnesia, dice el poder, es sana. Desde el punto de vista del poder, no sólo estaban y están locas las madres de sus víctimas, sino que también están locos sus propios instrumentos, los verdugos, cuando no pueden dormir a rienda suelta. Cuando el capitán Scilingo reveló que no podía dormir sin *Lexotanil* o borrachera desde que había arrojado al mar a 30 prisioneros vivos, que tenían desaparecidos en la Escuela de Mecánica de la Armada, sus superiores le recomendaron tratamiento psiquiátrico, porque se había vuelto loco.

El poder identifica a la memoria con el desorden y a la justicia con la venganza. En nombre del orden democrático y de la conciliación nacional, se han dictado leyes de impunidad o

caducidad en Uruguay, Brasil, Argentina. Esas leyes, que entierran el pasado, destierran la justicia.

Cuando en 1989 se realizó el plebiscito contra la impunidad en Uruguay, la mayoría de la gente cayó en la trampa de la propaganda oficial. Lavado de memoria, lavado de cerebro: si se castigaban los crímenes de los milicos, la violencia volvería y se repetiría la historia era el mensaje. El olvido era el precio de la paz.

La experiencia dice todo lo contrario. Para que la historia no se repita, hay que recordarla. Como hacemos nosotros ahora. La impunidad del poder, hija mala de la memoria, es una de las maestras de la escuela del crimen. Por eso Menem pactó en secreto con los militares, en 1989, el Punto final y el año pasado quiso imponer la Obediencia Debida a la Justicia en el caso de la búsqueda y rescate de los niños secuestrados, desaparecidos o nacidos en cautiverio durante la dictadura, que permanecen en manos de sus apropiadores.

Menem y los militares visualizaron la búsqueda de los niños como un serio estorbo a la estrategia del olvido, y por la vía del Punto Final quisieron continuar la venganza contra sus padres, ya que no fue suficiente con que también los desaparecieran.

Sara Méndez, militante anarquista uruguaya, se exilió en Argentina. En 1976, estaba embarazada y así, de alguna manera, se sentía invulnerable. Cuando la detuvieron, Simón ya había nacido y tenía 20 días. Golpeada, sangrante, se lo arrancaron de sus brazos. A Sara la llevaron al pozo Orletti, uno de los chapaderos más activos donde despachaba Aníbal Gordon, jefe de la triple A y que servía de cuartel general de los militares uruguayos en Buenos Aires. Allí había un retrato de Hitler y muchos de los torturadores usaban insignias nazis.

Sara fue trasladada clandestinamente a Uruguay, junto con otros 30 compatriotas, en la mayor operación de intoxicación

informativa montada en el marco de la Operación Cóndor. Pasó cuatro años presa en Uruguay. Después, junto con las Abuelas de la Plaza de Mayo, comenzó un largo periplo que lleva veinte años. Un joven, que podría ser Simón, vive con sus padres adoptivos, parientes de un coronel uruguayo que participó activamente en la coordinación represiva de Buenos Aires y Montevideo. Existe un juicio. Hasta ahora, la justicia uruguaya ha evitado que se realice la histocompatibilidad genética, que le permitiría a Sara saber si finalmente ha encontrado a Simón o si debe proseguir tras su rastro.

Ventana 6: La memoria viva

Cuando está de veras viva, la memoria no contempla la historia, sino que invita a hacerla. La memoria es contradicción, como nosotros. Nunca está quieta. Con nosotros, cambia. Y a menudo ocurre que ponemos en la memoria lo que en ella queremos encontrar, como suele hacer la policía en los allanamientos. ¿Cuántas veces preferimos el pasado que inventamos al presente que nos desafía y al futuro que nos da miedo?

La memoria viva no nació para ancla. Tiene, más bien, vocación de catapulta. Quiere ser puerto de partida, no de llegada. No reniega de la nostalgia, pero prefiere la esperanza, su peligro, su intemperie.

Hace algunos años, en el exilio, el flaco Viglietti hizo una canción que decía: "De la derrota crear primavera". En el pasado Encuentro Intergaláctico de los zapatistas, Daniel volvió a entonar una de sus primeras composiciones de finales de los años 60: "A desalambrar". La nostalgia y la esperanza de la mano, compañeras. Militantes.

Los zapatistas, irreverentes, heterodoxos, pícaros y creativos están forjando una nueva primavera a partir de la memoria

colectiva de los pueblos indios, sacados de la historia oficial. Desmoronaron de cuajo el indigenismo paternalista y culposos del discurso del poder, y lo reemplazaron por un protagonismo activo. En este caso, los invisibles de siempre se habían acostumbrado al silencio y esperaban su oportunidad de hablar.

Tampoco los "sin tierra" de Brasil, herederos de la memoria colectiva y las luchas de la Ligas Campesinas de Juliao en los años 60. Ni los "sin dientes" paraguayos o los coqueros bolivianos, que están siendo protagonistas de su propia historia.

Un nuevo campesinado revolucionario, políticamente autónomo, que lucha por la reforma agraria con métodos extraparlamentarios y formas de acción directa como la invasión de tierras y el corte de carreteras, se ha echado a andar, y está dando una lucha frontal contra el capitalismo salvaje y la falacia del libre mercado en todo el continente.

Esos movimientos campesinos clasistas están rebasando por la izquierda a los partidos parlamentarios y dejan atrás rápidamente a los asimilados posmarxistas que hoy integran sin pudor los gabinetes neoliberales.

Todos estos movimientos tienen algo en común: recuperar el pasado para cambiar el futuro. La imagen de la memoria como catapulta. También comparten una suerte de sincretismo que funde la religiosidad popular y las tradiciones espirituales de las comunidades indias con el marxismo aprendido y discutido en los círculos de la pastoral social.

El resultado es un nuevo tipo de liderazgo, de jóvenes de entre 25 y 35 años, que dirige obedeciendo y que vive y lucha junto y con la masa. La distancia líder-masa es muy estrecha. No son jefes míticos de aparatos ni oradores carismáticos arrebatadores ni promueven el culto a la personalidad. No son caudillos. Fueron formados afuera de los oráculos del pasado. La mayoría son autodidactas, surgidos de las bases mismas, que rechazan el tutelaje de los intelectuales y de los profesionales de las ONG.

Es un nuevo movimiento político y social que se está forjando desde abajo, paso a paso, sin euforia. También en la Argentina la rebelión viene de las provincias y anuncia un nuevo ciclo en el conflicto de clases. No es sólo Jujuy. Es Salta, Rosario, Córdoba, San Juan, Mendoza, Tierra del Fuego. Son movimientos inorgánicos que por ahora tienen poco que ver con la construcción de una alternativa política regional o nacional. Pero en ellos se intuye, ante el estancamiento de la izquierda oficial del Frente Grande y la CGT, una prometedora politización, como fuente renovadora y vindicadora de nuestros 30 mil muertos y desaparecidos.

Por eso debemos mantener siempre viva la memoria del *Roby*, del *Bebe* Sendic, de Roque Dalton, de Edgardo Enríquez, del *Che*, de Omar Masera Pincolini y de todos nuestros compañeros muertos y desaparecidos: Para que la historia no se repita, hay que recordarla. Y es por eso que hablar del pasado y reivindicar la memoria es hablar del presente y es luchar para construir el futuro.

Declaración por la memoria

HIJOS

Frente a la sinrazón del olvido y de una siniestra impunidad está surgiendo un encuentro. Hijos de desaparecidos, asesinados, exiliados y presos por razones políticas nos estamos agrupando tanto en Argentina como en México y en otros países del mundo bajo el nombre HIJOS (Hijos por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio).

Remontarnos a los orígenes de HIJOS es algo que nos emociona, ya que podemos decir que surgimos de una razón tan vital como es la decisión de familiares, amigos, compañeros, así como de la sociedad en general, de juntarse para rendir homenaje a la gente, a los ideales que durante las décadas de los años 60 y 70 imaginaban un mundo mejor. Varios actos en Argentina, a partir de 1994, fueron el puente que enlazó a un grupo de gente con una historia similar. Éramos los hijos de aquella generación 20 años después.

En un primer momento, la razón prioritaria de juntarnos fue la urgencia de encontrar interlocutores; de crear, entre quienes compartíamos un pasado común, el espacio para revertir tantos años de silencio: "Darse contención".

Después se decidió que, además de la fundamental tarea de recordar y develar el pasado, era necesario agruparse como un organismo de lucha por los derechos humanos.

El trabajo de HIJOS se basa, en términos generales, en los siguientes lineamientos:

- Exigimos la reconstrucción histórica individual y colectiva para que cada uno pueda saber quién es y quiénes fueron sus padres.
- Exigimos la restitución de nuestros hermanos robados por los represores.
- Reivindicamos el espíritu de lucha de nuestros padres.

Los hijos no sólo somos un producto genético de ellos, sino que somos orgullosamente hijos de su espíritu y de sus ideas, muchas de las cuales aparecen como ingenuas para el mundo de final de siglo.

La tarea de reencontrarnos no sólo nos enfrenta con el dolor que nos identifica, con la frustración indescriptible de un presente que ha perdonado a los culpables del genocidio, con la vergüenza mundial que representa tener que poner la magra esperanza de justicia en las cortes españolas, francesas o italianas, porque las argentinas (que aún mantienen presos políticos) no se atreven; habernos juntado significa también que nuestros padres vuelven a juntarse. Unión que no sólo significa ser un eco sino también una voz propia.

Los HIJOS de México, los JIJOS, pretendemos conformarnos como una agrupación autogestiva y espontánea. Somos gente que tiene en común no sólo la historia de represión que marcó a nuestros padres, sino que también comparte el repudio a este olvido que parece corroer a la sociedad argentina y a la mayoría de las sociedades.

El esclarecimiento de todo lo sucedido y el imperio de la justicia son la raíz de una sociedad sana y memoriosa. Debemos impedir que sean las balas, las torturas y el horror las que tomen la palabra.

Desaparecieron a muchos de nuestros padres, pero nosotros surgimos como aquello que nuestra sociedad no ha podido desaparecer. Ese es nuestro lugar y es lo que da vigencia a

la historia de las décadas de los años 60 y 70, que, ahora, parecen tan distantes.

Somos la voz de esa historia y de la nuestra propia de exilio, de dobles identidades, de huecos y ausencias.

Como argen-mex, tenemos la suerte de poder adoptar lo que más nos gusta de ambos sitios (no podríamos vivir sin los tacos, pero también nos entusiasma el aroma irresistible de un genuino choripán). Y a la vez tenemos lagunas históricas, producto de un tiempo donde no pudimos elegir nuestro destino, que aún generan preguntas ante el conflicto que nos ataca a veces a algunos: querer definarnos como de aquí o de allá, cuando en ambos sitios, por momentos, nos sentimos extranjeros.

Somos producto de esta mezcla de culturas, dolores, esperanzas. Nuestra apuesta es por un ahora con fuerza y alegría crecer. Pero no es posible crecer sin raíces, sin orígenes.

Esperamos que esta memoria nuestra aporte en algo a la memoria de esta sociedad adormecida, para que así crezca también y aprenda; que no cometa siempre los mismos errores.

Pensamos emprender muchas actividades: discusión sobre nuestra historia común, elaboración de talleres, organización de eventos artísticos, publicación de un libro, un periódico o un documental de nuestras experiencias, así como nuestra propia línea de cosméticos, y muchas ideas que han surgido y seguirán surgiendo, que nos mantendrán juntos en la necesidad de comprendernos y de reconocernos, de encontrar el lugar que nos toca como grupo y devolverle sentido a nuestro vínculo interrumpido con la Argentina y nuestra relación entrañable con México, de donde hemos elegido ser parte.

Por los que ya no están, pero viven en nuestra memoria: invitamos a hijos víctimas de la represión política y a todos los que vean en nuestra propuesta una forma de imaginar el futuro, de esclarecer el pasado y de luchar por el respeto al hombre.

Omar Raúl Masera Pincolini

Nació en Carrodilla, un pequeño pueblo de la Provincia de Mendoza, Argentina, en el seno de una familia de la típica inmigración italiana (piamonteses) dedicada a la industria vitivinícola. Desde pequeño amó su tierra.

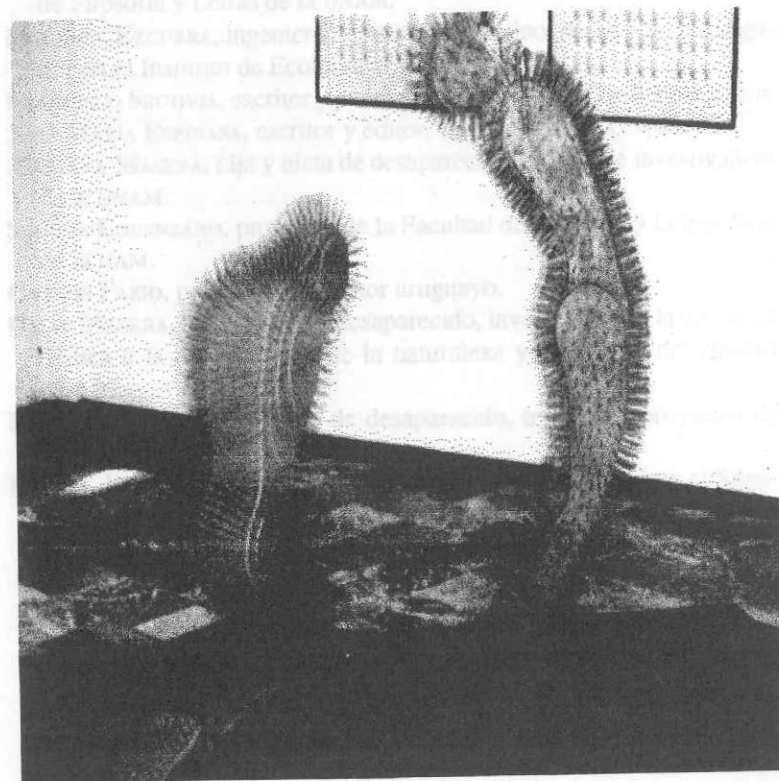
Estudió la carrera de ingeniero agrónomo en la Facultad de Ciencias Agrarias de la Universidad Nacional de Cuyo (Mendoza, Argentina), donde llegó a obtener el puesto de profesor titular de la cátedra de fruticultura. Apostó siempre por el desarrollo de los bosques como forma de conservar el medio ambiente y fue pionero en los proyectos de reforestación en Argentina. Colaboró con universidades de distintos países, como Brasil y Francia, en temas relacionados con el manejo silvícola.

Muy joven se casó con Malou Cerutti, hija de Victorio Cerutti, inmigrante italiano dedicado también a la vitivinicultura y desaparecido el 12 de enero de 1977. Omar Masera Pincolini y Malou Cerutti tuvieron tres hijos: Omar, Diego y Mariana.

Hombre de profundas convicciones cristianas, inmerso en un ambiente extremadamente conservador, tuvo, sin embargo, una militancia activa dentro de la iglesia católica de Mendoza y Argentina para dotarla de un contenido social y una praxis transformadora. Sus inquietudes lo llevaron a formar y participar en varios movimientos dirigidos a las comunidades más necesitadas. Fue presidente del Movimiento Familiar Cristiano.

No era miembro de ningún partido político, aunque se opu-

so siempre al autoritarismo y a la represión orquestada por la dictadura militar. Creyó toda su vida en la supremacía del amor sobre el odio y la venganza, por lo que nunca llegó a entender la magnitud del horror que se estaba gestando en Argentina.



Colaboradores

JUAN GELMAN, premio nacional de poesía en Argentina y Juan Rulfo de Literatura 2000.

FEDERICO ÁLVAREZ, hijo de exiliados españoles y profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

EZEQUIEL EZCURRA, ingeniero agrónomo argentino, destacado investigador en el Instituto de Ecología de la UNAM.

FRANCISCO SEGOVIA, escritor y poeta mexicano. Hijo de exiliado español.

JOSÉ MARÍA ESPINASA, escritor y editor, hijo de exiliados españoles.

MARIANA MASERA, hija y nieta de desaparecido, es poeta e investigadora de la UNAM.

SANDRA LORENZANO, profesora de la Facultad de Filosofía y Letras de la UAM.

CARLOS FAZIO, periodista y escritor uruguayo.

OMAR MASERA, hijo y nieto de desaparecido, investigador de la UNAM; se dedica a la conservación de la naturaleza y al estudio del cambio climático.

DIEGO MASERA, hijo y nieto de desaparecido, trabaja en proyectos de desarrollo, pintor y escultor.

HIJOS, Hijos por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio, Sección Mexicana HIJOS.

Gracias

Juan Gelman, Malou Cerutti, Othón Téllez, Jorge Denti, Sandra Hussein, Miguel Littin, Carlos Gurméndez, Luis Suárez, Pablo Gershanik, Paula Astorga, Elsa Corominas, Ivana Sejenovich, Alejandro Otaola, Leonardo Heiblum, Alfonso Figueroa, Asociación Pro Derechos Humanos de Argentina en Madrid, Abuelas de la Plaza de Mayo, Amnistía Internacional, Alberto Laborde, Úrsula Leja, Martha Astier.

Índice

5	Prólogo	NOÉ JITRIK
7	El 12 de enero	OMAR MASERA
9	“Desde siempre, a una hora incierta, / esa agonía vuelve”	JUAN GELMAN
14	¿Y el tío David?	FEDERICO ÁLVAREZ
20	¿Qué tiene de subversivo un violinista?	EZEQUIEL EZCURRA
25	Una manera de entender la memoria	JOSÉ MARÍA ESPINASA
29	Una imagen desenterrada	FRANCISCO SEGOVIA
32	“Prohibido el paso. Penado por la ley” (fragmento)	MARIANA MASERA
36	Reflexiones hacia el futuro	DIEGO MASERA
38	Por la memoria	SANDRA LORENZANO
44	La memoria hacia el futuro	CARLOS FAZIO
51	Declaración por la memoria	HIJOS
54	Biografía de Omar Raúl Masera Pincolini	
57	Nota sobre los colaboradores	
58	Agradecimientos	

Juan Gelman, Malen Ceruti, Otilio Tello	31
Sandra Hussein, Miguel Lillo, Carlos G. Lillo	32
Suárez, Pablo Gershon	33
Pavel Sejenovich, Alejandro Sosa	34
Jonas Figueroa, Asociación Práxis	35
Una imagen desvirtuada	36
Prohibido	37
Reflexiones	38
Por la memoria	39
La memoria	40
Declaración	41
Biografía de Otilio	42
Nota sobre los colaboradores	43
Agradecimientos	44

Esta primera edición de *Los nombres sin tumba* fue impresa en los talleres de Editorial Praxis, Vértiz 185-000, Col. Doctores, Del. Cuauhtémoc, CP 06720, México, DF, en octubre de 2000. La composición tipográfica se hizo en Times New Roman de 16, 12, 10 y 8 puntos. El tiro, sobre ahuesado de 37 kg, es de 1,000 ejemplares. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Carlos López.